



Texto: Roberto Merino
Fotografía: Ugo Pardo

Especialista en historia de Europa, graduado en Oxford, expositor admirado por muchos, profesor con fama de sólido y elocuente, vive solo en un apartamento en la parte antigua de Providencia. Hace clases en las mejores universidades conservadoras: U. Católica, Gabriela Mistral y Adolfo Ibáñez, y tal vez por eso causa cierta sorpresa saber que fue uno de los fundadores del avanzado Teatro Ictus, a fines de los años cincuenta, y que por esos días trajo al castellano *La Cantata Cabra*, de Ionesco.

El año pasado ganó más notoriedad al publicarse una co-investigación suya sobre familias chilenas fundadoras, de la que ahora prepara un segundo tomo.

—¿Por qué la inclinación endémica chilena a la genealogía?

—Es que el caso nuestro resulta bastante poco común: Chile es casi una empresa familiar, un país que fue creado por un pequeño grupo de familias, cuyos miembros se casaron entre sí. De este grupo, prácticamente descendemos todos.

—Pero eso pasó en otros países sudamericanos. ¿O no?

—Comparémoslo con Argentina, que es el caso contrario: con su masivo y continuo flujo de inmigrantes, no logra nunca tener un perfil tan claro como Chile. Toda esta disputa frontal es en parte porque necesitan concretar una especie de nacionalismo que nosotros tenemos naturalmente.

Parece de nuestra individualidad proviene del hecho especialísimo de que estamos muy aislados del resto del mundo por los Andes, por el Pacífico y por el desierto. Además, nos hemos casado mucho entre nosotros mismos. Ha habido aquí una tremenda endogamia. Y en consecuencia, hemos desarrollado características especiales.

Primero, una cierta agresividad, que se manifiesta mucho en la guerra. En seguida, un carácter bastante insular, retrocedido, apagado: el chileno no grita, ni mani-

fiesta su alegría en grandes carnavales. Luego, el hecho de que mal que mal funcionan aquí las instituciones. Chile ha tenido constituciones muy estables, hay un respeto constante a los cuerpos políticos. Al presidente de la República uno puede criticarlo, pero sigue siendo la figura máxima. Chile es un país muy así generis en América hispana. Bolívar se dio cuenta a principios del siglo XIX de que este país marcaría un rumbo. Tuvimos, claro, una república ultra aristocrática, conservadora y pro-católica, pero que

funcionaba y que posibilitó que el país se desarrollara.

—¿Sobreviven rangos de este núcleo conservador, católico y aristocrático?

—No, porque ha habido por lo menos tres grupos en el Chile dirigente. El grupo de los conquistadores, cuyos apellidos son hoy apellidos populares, fue enteramente desplazado en el siglo XVIII por los vacos, quienes finalmente hacen la independencia. Ellos traían una educación más evolucionada y un gran espíritu comercial. Tuvieron la inte-

ligencia de mandar a sus hijos a las universidades de Lima o de Europa y gobiernan desde fines del siglo hasta comienzos del XX. Pero ahora hay un tercer grupo, que no tiene nada que ver con los anteriores: Pinochet, Aylwin, Frei, Ominami, Krauss, Foxley, Allamand... Es decir, un grupo enteramente nuevo al que han accedido familias de origen extranjero.

—¿Usted se considera participante de un cierto pensamiento conservador?

—Sí, pero hay muchas clases

de conservatismo. Yo soy muy conservador en materias religiosas. Me preocupa que empecemos a tirar al agua las concepciones teológicas, las tradiciones litúrgicas. Soy bastante conservador en cultura, donde me parece que hay que nivelar por arriba, no bajar el estándar: en vez de suprimir horas de clases, las aumentas, en vez de eximir a una persona le exijo que aprenda. En política soy conservador muy moderadamente, y nada de conservador en arte ni en moda. En moral sí, pero tampoco soy un puritano. Mire: quién va a condenar hoy el divorcio si la mitad de mi familia y de mis amigos están divorciados. Me gusta que se mantengan las normas morales objetivas, pero sin rigidez ni puritanismo.

—¿Cuál sería el sentido final de la mantención de estas normas?

—La unidad psicológica de la población. Es necesario que la gente sepa que hay determinadas normas a las cuales puede referirse y que son intangibles.

—¿Influyeron en su formación sus años en Oxford?

—Mucho. Oxford es una institución eminentemente conservadora. Me di cuenta de que se podía sostener un conservatismo bastante eficaz, manteniendo las formas y a la vez produciendo. Esta universidad, que lleva más de ochocientos años guardando toda esa purrimalia exterior de ropas, de bienes y de oraciones en latín, logra a la vez darle muchísimo dinamismo a la ciencia, saca premios Nobel, forman gente. Entendí que el camino no era nivelar por arriba con gran esfuerzo personal y no la revolución.

—¿Es que en algún momento tuvo la duda?

—Pero claro. A los veinteaños uno tiene ese tipo de dudas. Figúrese que yo andaba metido en el mundo del teatro, donde uno aprende otros tipos de apertura. Hay mucha gente que no me entiende, no ven que hay en mí dos formaciones. Una tremendamente bohemia, que es el arte, y la otra bastante conservadora. Yo las he podido combinar bien. ●



JULIO RETAMAL FAVEREAU

¡Quién va a condenar hoy el divorcio!

Ahora uno de los más conocidos conservadores chilenos y profesor con discípulos, antes fue fundador del Ictus, que estaba en la avanzada. Se ve como producto de esa síntesis, dice, y por eso no se siente capaz de condenar una ley de divorcio para Chile.

Quién va a condenar hoy el divorcio! [artículo] Roberto Merino.

AUTORÍA

Merino, Roberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Quién va a condenar hoy el divorcio! [artículo] Roberto Merino. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile